

ejercicio de poder jerárquico que puede ser alterado mediante un desafiante y sencillo gesto político antiimperialista de invertir un mapa. A la vez, el título del folleto de Noé funciona como una consigna que sintetiza las discusiones que atravesaron la politización de buena parte de la vanguardia artística argentina en esos años. “El arte de América Latina es la revolución” se inscribe en el tópicico que reivindica el acto revolucionario como obra de arte por excelencia y encuentra en la figura del guerrillero heroico al mayor artista.⁵² Noé concluye su texto afirmando:

La investigación de lenguaje la pintura ya se ha agotado. (...) El arte es revelación y solo hay una forma de revelar la imagen de América Latina: la revolución (...) La revolución no se representa. Se hace. [El arte] Debe ser convocativo, provocativo, ejecutivo.⁵³

Este llamado a dejar la representación para pasar a la acción se cierra con un razonamiento tautológico: “La revolución no sucede en el arte, el arte no va a hacer la revolución. El arte es la revolución cuando la revolución es arte y la revolución es arte cuando es revolución”.⁵⁴ La definición de Noé no era un exabrupto aislado sino clara expresión de un clima de época extendido. Esta retórica sostenía como correlato lógico y consecutivo de la radicalización política y artística de la vanguardia artística el pasaje a la militancia política y el consiguiente abandono del arte, decisión que atravesó al propio Noé (y a muchos otros artistas latinoamericanos) en esa coyuntura histórica.

CODA

A lo largo de las sucesivas fases que esboqué sucintamente, las ideas de vanguardia y revolución se articulan de modos distintos –incluso contrapuestos.

En la primera fase a fines de los cincuenta y primeros años sesenta, el arte aparece como una forma válida de acción, producir arte de vanguardia es ser revolucionario.

⁵² Sirvan un par de ejemplos: el título de tapa del último número de la revista-sobre *Barrilete* dirigida por Roberto Santoro (a. XII, n.1, 1974) toma como lema una posición similar: “El hecho cultural por excelencia es la revolución”. También, en el último número de la revista *Nuevos Aires* (n.11, agosto de 1973), un artículo del antropólogo polaco Martín Kowaleski (“El papel de la guerra revolucionaria en el desarrollo de la cultura”) tomado de la I Conferencia de Solidaridad de los pueblos de África, Asia y América Latina, parte de la afirmación de que “la misma lucha armada es un hecho cultural que moviliza”.

⁵³ Noé 1973.

⁵⁴ Noé 1973: 32.